

ASIR

REVISTA DE LITERATURA

Washington LOCKHART	Hacia la bomba total
Arturo Sergio VISCA	Soledades rioplatenses
Guido CASTILLO	Repuesta a José Bergamín
Domingo Luis BORDOLI	Melancolía y Literatura
Yaco PIENIAZEK	Del desengaño y la madurez
Eliseo S. PORTA	A propósito de una nueva literatura autóctona
Omar MOREIRA	Parejas de personajes en el poema del Cid
Jacques RIVIERE	Psicología de los rusos
Ricardo PASEYRO	Ocho poemas
Julio C. da Rosa	Jaulero
Adán MARIN	Un ferrocarril a San Cono
Marcos LIJTEINSTEIN	Un aguatero

36

OCTUBRE DE 1954
URUGUAY

J A U L E R O

por
JULIO C. DA ROSA

Macario había sido un pelado toda la vida. Pelado contento, sí; pero bien pelado.

Lo de contento, un poco por modo de ser; el resto, porque tenía un rancho y un caballo. Seguro que, decir esto de cualquier individuo — tal vez de la mayoría de la gente — es decir una simpleza. Decirlo de Macario Lago, es asunto para quedarse pensando. Pensando muchas cosas; entre ellas, si con eso no quedaría dicho todo lo que hay que decir de él. Porque rancho y caballo fueron cosas que le acompañaron la persona, desde que se hizo oriental. Que, hablando con propiedad, venía a ser lo que llevaba vivido; pues lo del otro lado, para él no contaba. Y si no contaba para él, para nadie podía contar.

Decía que a eso — a tener rancho y caballo — se debía, mirando bien, que la gente le reconociera una punta de condiciones para ser hombre rico. Condiciones que él, en el fondo, se daba cuenta que no le faltaban.

—A mí, lo que me ha faltau siempre's plata.

Y en Lago, hasta eso era menos importante que en otro cualquiera, pobre como él. Porque ese otro cualquiera, de haber agarrado plata, habría tenido que acostumbrarse a ser rico. Macario hasta las costumbres del platudo, tenía. Apetito regular, sueño de envidiársele, apego al buen pasar, desapego por todo lo que fuese andar obligando mucho el cuerpo. Todas las costumbres, se puede decir.

—Tudas e ainda mais.

Solía decir, más en serio que en broma, el brasilerero Manduca. Que lo conocía de lejos y que nunca lo había podido "pasar" del todo, tal vez por aquello mismo. Por aquello o quién sabe por qué. Manduca era uno de esos riograndenses que pasan para acá "locos de las pulgas", a hacer capital. Y hacen capital, trabajando a lo buey y viviendo a lo bicho. Se casan, "sacan pichones" y se mueren aquí,

gastaditos de años, contando en portugués grandezas de todo tamaño de la patria vieja.

Lago no. Había venido todavía muy gurizote, no se acordaba en qué condiciones ni hacía fuerza por acordarse. Le había hallado gusto a lo de este lado y al poco tiempo ya andaba "relajando" a los "macacos" en castellano corrido. Lo que era — el Macario Lago que la gente conocía — llegaba hasta Yaguarón.

—Yo soy oriental por dentro y por fuera. Lo p'ayá, es cosa bien muerta.

Muerta y sepultada. No le quedaba nada que tuviese que ver con aquel pedazo de vida de frontera atrás.

—¿Ni por qué te viniste te das una idea?

—Ni por qué me vine.

—And'a mentir lejo, ¿quierés Macario?

—Y al fin, ¿pa qué me vi'acordar d'eso?

No se acordaba ni "en pedo".

Eso sí, el Macario Lago de Yaguarón para acá, era el mismo de aquella época de gurizote. De eso estaba tan seguro él, como los que lo conocían desde entonces. El mismo, con cincuenta y tantos años más.

Y era y había sido eso. Un hombre pobre, bien pobre, al que la pobreza parecía que hiciese cosquillas, porque siempre andaba a las risas. Pero entonces, capaz de haber sido un rico con todas las barbas sin pasar mucho trabajo. Si acaso, alguna vergüenza que otra, mientras se puliera un poco.

—Porque pa redondo, vos y la rueda, ché Macario.

—Pucha y mismo! Siempre jui bruto como trompezón de zueco.

Lo que era en vicios menores, no andaba con pocas; tenía todos. Buen tomador de mate, Lago era de esos individuos capaces de arreglárselas para yerbear hasta en un casamiento.

—Me duele la cabeza todito el día, si no tomo mate a mis horas. De nada, hast'almareos me dan.

Muy vicioso. En cuestión de tabaco y caña de contrabando, se ponía fino Primero eixgía bueno. Primero.

—Y si no tiene calidá, déame lo que tenga.

Claro que un hombre así, no hubiera pasado de un engrandecido en ningún lado, de haber llevado un apellidito bobeta cualquiera. Lo andarían mandando a bañarse en todas partes, como lo

mandaban en muchas, antes de saber quién era y en otras, sabiendo y todo. Pero Macario hasta eso tenía. Él era Lago. Y Lago, en Treinta y Tres, era uno de esos apellidos que no le quedan chicos a ningún ricachón, porque los lleve más de un "pelagato".

—Cuando digo Macario Lago, mando parar de lejo.

Eso explica que más de uno se haya "embuchado" con él. Como se "embuchó" Batalla. Batalla, que apenas le presentaban un hijo del Departamento, ya le estaba dando abuelos, padres, paradero y oficio. Hasta capital en plata, se ponía a calcularle.

Pues a Macario le erró. Viéndolo así, con semejantes costumbres, amigo de dejarse ir en cualquier cosa, así fuera matarle las pulgas a un perro toda una mañana, en cuanto le dió ocasión, se le fué a tiro hecho. No mal le dijo "Macario Lago", le salió:

—¿Del Avestruz Chico? ¿P'acá un poco e'los Magallanes?

Macario no dijo que sí ni que no. Batalla creyó que eso era decir que sí; o, por lo menos, no decir que no. Entonces, dió lo dicho por hecho. Y después de ubicarlo, lo demás era cuestión de abrir la boca. La abrió:

—Su padre era el finau Lindoro Lago; hijo él, del finau viejo Nicanor Lago. Vea si l'erro.

Macario seguía callado. Batalla completó:

—Conozco ese laguerío de por áhi, como la palma e'mis mano. Todito estanciero de riñón tapau.

Fué cuando recién Macario le soltó la risa.

—Yo no soy ni diáhi ni d'esos lago.

—Cómo que no v'a ser! ¿Me lo v'a decir a mi?

—Seguro que se lo digo. Yo soy de p'al otro extremo.

—¿Lagos p'al otro extremo? Ni uno; se lo firmo.

—Güe y pa qué v'a firmar, si lo tien'en frente? Macario Lago. Salieron camaradas. Tragueados y bromeando. Entre prosa y risas, Batalla de repente lo quedaba mirando. Se refregaba la mano por la cara y le decía, como pensando en otra cosa:

—Cómo le vine a errar a este viejo!

—Es que p'acertarme a mí, hay que apuntarme al medio, anciano! Macario Lago, servidor.

Al separarse, Batalla seguía pensando en la otra cosa. Chispeado y todo, no se animó a decírselo. Apenas se la dijo para sí, casi sin despegar los labios:

—Yo taba pensando en otra clase de lagos, qué jorobar de

miércoles!

Macario salió riéndose de las "agachadas" de aquel viejo preso pero le había gustado.

—No sé porqué, pero me palpita qu'en ese cuerpo ha dihaber hombre pa rato.

*

* *

Tenía un rancho y un caballo. Mejor, un rancho y caballo. Porque si el primero había sido siempre el mismo, los caballos habían sido muchos en cincuenta y tantos años. Macario clasificaba aquella "pila" de tiempo, según los caballos.

—Miacuerdo, cuando aqueya trifulea muy grande ayá en la Cuchiya, n'el tiempo e'mi tostau...

Hombre sin caballo, es hombre de a pie. Para Lago, mucho menos:

—Medio hombre diapié y en calzonciyos. Lo qu'es a mí, me verán sin cabeza, pero con cabayo.

En el cuidado del caballo, ponía el alma. Andando en apreturas, no era hombre de dudar que el primero en comer tenía que ser el mancarrón. Es que Macario no podía admitir que se hubiese inventado algo más "brutal" que volver para las casas con las maletas llenas, sobre lomo de animal propio. Propio.

—Andar en cabayo ajeno, es pior que dormir con mujer ajena. U'sté siente que se le refala.

Volver para las casas en caballo propio. Las casas eran el rancho. Un rancho en medio del Rincón de Ramírez; que es, más o menos, como decir un yuyito en un corral rodeado de dos cuadrillas escasotas, de tierra color masa, que ni para espartillo. Un rancho que de cerca, parecía una casilla de perro, de más lejos, un punto negro y de un poquito más, nada. Cuando se empezaba a distinguir, era para bajarse. Un rancho perdido entre campo ajeno, con una callecita al camino como de un cuarto de legua, de recorrerla con el caballo de tiro, para no andar topando piques.

En ese rancho pasaba Macario el invierno. El invierno y todo lo demás de tiempo que "sacaba". A la fuerza, sacaba. Precisamente, para irlo a gastar allí.

—Tengo que dir hasta cas'arreglar unos asunto

Los asuntos eran meterse en aquella arpuca, tomar mate y pi

... con un contento" y comer y dormir a lo grande. Y eso, durante
aguantasen las provisiones.

Cómo había llegado allí, sería cosa larga de contar. Lo cierto
era más corto, es que fué a los pocos meses de haber venido del Bra
... Se necesitaba un viviente humano que se animara a ir habitando
en aquel desierto, mientras se arreglaban unos líos de sucesión. Y él
... asumió. Los líos duraron su buen tiempo; pero cuando concluye-
ron, ninguno de los herederos reclamó aquel chiquerito. Macario se
... quedando de a poco. Primero, desconfiado; esperando que de
... le cayera el reclamo. Pero no. La única señal de vida que
... por allí fué, como a los veintitantos años, la plantación de unos
... bolitos sobre el alambrado de la quinta; para que dieran sombra
... el campo lindero, le dijo el peón que hizo el trabajo. Pero a los
... tantos años, Lago ya se había acostumbrado a llamarle "mío"
... todo aquello. Y de allí para adelante, les llmó también a los ár-
... bales. Pasaron otros veintitantos años más. A semejante distancia,
... no le quedaba ni el recuerdo de las desconfianzas del media-len-
... que aquél del principio. Entre él y los árboles, habían llenado de
... raíces el pedacito de suelo.

Estuviere adonde estuviere, apenas agarraba unos reales, "acha-
... aba" para allá. Siempre tenía sus asuntos que arreglar. Cobraba y
... empezaba a entrar como una picazón. La picazón de hacer saltar
... jornales en el primer boliche, para irse a hacer el disfrute en la
... guarida. Ocasiones, leguas y leguas, por unos pocos días; porque pa-
... ra pocos días llevaba sostén. Cuando se juntaba con una buena "pon-
... chada", estiraba las vacaciones. Cuando se acercaba el invierno, en-
... tonces sí, le "metía" en serio. Casi siempre aparecía alguna zafra
... medio larga, que de un solo tirón le dejaba para surtido también
... algo de cuatro meses y más.

—¿Qué opina, socio, si nos ayegamo hasta las carpa esta noche?

—¿Asunto a qué?

—Pues a darle giro a esta platita fresca

—No, hermano. Esta noche sin falta, tengo qu'estar en casa.

—También con vos, no se puede contar ni pa una tortiada

—Yo soy muy jaulero, ché. Lo diuno es lo diuno.

—Piro ¿y qué vas a tener quihacer en tu revolcadero e'pulgas?

—Asuntos de aquí y de ayá.

—Jesú! Los grandes interese del señor!

Se iba no más, sin remedio, se iba. Cosa sólo para Lago, aquel

viaje rumbo al rancho. El viaje y la llegada de noche; o de mañana temprana; o de tarde o a la hora que fuese. Y la desensillada y la dada de comer al matungo. Lo demás, no precisaría decirlo. Entrar en lo propio y encontrar las cosas acomodaditas, esperar dolo; encender fuego, preparar mate, poner comida, eran lides que saboreaba. Se sentaba bien despatarrado, mojaba la yerba y mientras hinchaba, hacía cigarro de lata recién abierta. Después se ponía a "verdiar", mientras la olla iba haciendo lo suyo. En eso, se le renovaban cuerpo y alma.

—Me siento hech'un diputau, en estas pocas.

Al otro día, llevaba el sol medio cielo andado, cuando él recién estaba tanteando las alpargatas. Así, todos los días de aquel franco largo. Para él, siempre cortito.

—Cuando rialmente se l'está tomando el gustito, hay que dirse.

Lujo para de cuando en cuando, era el de ponerse a mirar bombilla en boca, aquel mar de soledad que le hacía olas hasta la puerta. Una soledad y un silencio quietitos, que él no hallaba con qué comparar. Alguna vez se le ocurrió que pudiera ser algo medio parecido a lo que sintiera una hormiga perdida en medio de la tierra arada. Sólo una vez, por aquel hilo se fué yendo a cosas para arriba de serias. Cosas como el camposanto, la sepultura y otras así. Casi sin querer, se fué yendo. La culpa la tuvo una tormenta feaza, llegada a horas de noche, en alas de un viento aullador como perro extraviado. Estaba en aquellas cavilaciones y eso lo fué empujando hasta zambullirlo en lo otro.

—Jué como si el diablo me hubiese pasau la cola por el pinazo.

Nunca más se dejó arrastrar a semejantes honduras.

—Qué "vidaza" en aquel rancho!

*

* *

A fines de un mayo muy frío, había agarrado un corte de postes de piedra, allá por los Cerros de Amaro. Poca cosa; cuanto cuanto para completar cifras. Le había ido bastante regular en las cosechas y con aquello pensaba "plantar" hasta el tiempo bueno. Hasta había rechazado dos o tres buenas ofertas de alambrados que siempre garraba, pero agarraba en primavera. Se quedó con los postes. Quince o veinte días, lugar abrigado, poco rigor. Si toda la vida había puesto especial cuidado en elegir trabajo, con razón

de sobra ahora, que no tenía mucha necesidad. Además, la vejiga le venía cargoseando y ya no había yuyo que le sirviera.

Cobró aquel resto, hizo surtido para invierno y medio y enderezó para el rancho.

Lo encontró ocupado. Por caballo, garras y demás, vió que se trataba de policía. Anduvo por allí, tratando de "asuntar", pero no. Entró y lo pensado: ocupándole también el catre, roncaba un milico a toda garganta. Hacía dos días que lo esperaba. Le hizo entrega de unos papeles, le sacó la firma, ensilló y se mandó mudar.

Antes del mes, no quedaban en aquel lugar, más que unas pocas señales de la vizcachera de Lago. Se la había tragado el mar de soledad. Hasta los arbolitos habían desaparecido. Los vientos cruzaban al galope largo por allí.

Durante un tiempito corto, a Macario se le vió por aquí y por allá. Como buscando algo, andaba. Pero no buscaba nada. Sabía que lo que le faltaba, estaba requeteperdido.

—Es como si me hubiesen capau.

Los fríos bárbaros de aquel invierno, lo estaban dejando hecho un arco. Y le hubieran juntado la cabeza con los pies, si no se da cuenta a tiempo que el caballo era el peor veneno para lo que tenía adentro. Estuvo a punto de creer que lo más lindo de aquel invento de volver con las maletas llenas, sobre animal propio, estaba en que se volvía para el rancho.

Pudo llegar hasta la puerta del hospital en su último caballo. Casi acostado, llegó; pero en buena compañía. Había tenido tiempo de buscar aquel viejo charlatán de la errada. Se le ocurrió que era el hombre para hacerle el negocio que él quería.

—Ahora, tom'el cabayo y venga la plata. Mañana, si las cosas cambian, tonce venga el cabayo y sírvase su plata. ¿Eh?

—Trato hecho

De eso y mucho más, era capaz Batalla. Hasta de aventar cualquier inconveniente, con tal de servir.

El amigo le largó dos o tres de las suvas para medio animarlo y se despidieron. Batalla salió al trotecito, con el mancarrón de tiro calle afuera. Lago se perdió, loco de dolores hospital adentro. Por primera vez, en su vida de oriental, se quedaba sin caballo. Era menos de "medio hombre a pie y en calzoncillos" Menos; porque hacía un tiempito que andaba sin rancho.

Ahora vive allí cerca. Trabaja en el corralón, mientras gestiona la jubilación. Empieza su tarea muy de madrugada. Por eso se acuesta "casi con las gallinas".

—Ah! los criollos tenemos que aprender muchas cosas de los gringos.

Porque el vecino italiano lo fué consiguiendo con sus enseñanzas de chacarero. Tiene algunos frutales y no le hace falta comprar verduras. Hace salsa de tomates y ayuda al vecino a preparar vino casero.

—Y créame. No lo pruebo. Ni me tira. Llevo unas botellas para la familia. ¡Quién hubiera creído! sonrío.

*

* *

Son las siete de la tarde, pasadas. Del río empezó a soplar un vientito refrescante. Don Manuel estará tomando mate y —"para despuntar el vicio", antes, oficio, ahora distracción— regando su quinta con la flamante manguera. Pero es posible que haya dejado el mate para acariciarle el lomo a la gata mimosa que runrunea junto a la tina. Ternuras de viejo...

